

ANOTACIONES SOBRE LA OBRA DE BRANCO MILANOVIC, WORLD APART. MEASURING INTERNACIONAL AND GLOBAL INEQUALITY, PRINCETON, UNIVERSITY PRESS, 2005 (VERSION EN ESPAÑOL: LA ERA DE LAS DESIGUALDADES. DIMENSIONES DE LA DESIGUALDAD INTERNACIONAL Y GLOBAL, ED. SISTEMA, MADRID, 2006)

Juan Ignacio Palacio Morena
Catedrático de Economía Aplicada
Universidad de Castilla-La Mancha

Ante todo, quiero empezar destacando la fuerza intelectual y moral de la obra de Milanovic. En vez de instalarse en la comodidad de un puesto académico y/o un buen sillón en el Banco Mundial, se ha planteado, como él mismo señala en una cita de Ortega y Gasset que recoge en su último libro, intentar averiguar cómo son las cosas, nos gusten o no. Su capacidad y esfuerzo para precisar mejor la medición de la desigualdad a escala mundial son admirables. Gracias Branco Milanovic (y gracias también al Instituto de Relaciones Internacionales de la Complutense y en particular a Fernando Luengo, Vicente Donoso y José Antonio Alonso por haber organizado este acto, y a la Fundación Sistema por haber editado su último libro).

En mi opinión hay tres cuestiones fundamentales en el planteamiento de Milanovic que pueden centrar el debate. La primera es el concepto y medición de la desigualdad a escala mundial. La segunda es la interpretación que se hace de la misma, sus orígenes y causas, y la relevancia que tiene su análisis. La tercera, lógicamente subordinada a las dos anteriores, es si se debe hacer algo para reducir esa desigualdad y en caso de que así sea que es lo que debe hacerse.

Respecto a la primera cuestión, creo que queda suficientemente claro en su obra que una cosa son las desigualdades en el producto o la renta media per cápita entre países (concepto 1 de desigualdad), otra las desigualdades en la renta media per cápita de la población mundial suponiendo que no hay desigualdades internas dentro de cada país (concepto 2 de desigualdad) y otra, por último, las desigualdades de renta entre individuos a escala mundial (concepto 3 de desigualdad o desigualdad global).

El primer tipo de desigualdad nos indica si hay grupos de personas identificadas por una única característica, como es la de pertenecer a un determinado país, que tienen diferente renta media. Una gran diferencia entre países revela que hay grupos de personas que por el mero hecho de pertenecer a un país tienen una renta media más elevada o más baja, independientemente del tamaño y composición de cada uno de esos grupos (países) y de la distribución interna que hay dentro de cada grupo (país). Esa comparación sólo sería plenamente significativa si todos los grupos tuviesen igual composición y tamaño, y una distribución interna de la renta idéntica entre todos ellos.

El segundo tipo de desigualdad nos muestra cómo está distribuida la población a escala mundial según el nivel de renta media del país a que pertenece. Esta

comparación nos muestra si hay una mayor o menor proporción de personas con rentas altas o bajas en el mundo de acuerdo con la renta media de su país de residencia. Tiene tanto mayor significado, cuanto mayor es la semejanza en la composición de la población y la distribución interna de la renta de cada país. Si todos los países tuviesen una distribución por edades, sexos y otras características de los individuos y familias exactamente iguales y los desniveles de renta de cada país fuesen idénticos entre sí, este segundo indicador de desigualdad nos diría si hay un mayor o menor porcentaje de la población mundial que percibe una renta media superior o inferior.

El tercer tipo de desigualdad o desigualdad global pone de manifiesto si los individuos, independientemente del país al que pertenezcan tienen un mayor o menor nivel de renta. Este tipo de desigualdad es el verdaderamente significativo para saber cómo está repartida la renta a escala mundial, pero su cálculo entraña dificultades muy superiores a la de los otros dos indicadores de desigualdad.

El hecho de calcular la distribución personal de la renta implica, como ocurre en cualquier país, que no puede partirse de los agregados de renta derivados de la Contabilidad Nacional. La Contabilidad Nacional sólo permite calcular la distribución funcional de la renta o reparto del PIB entre los factores productivos y derivadamente la distribución de la Renta Nacional entre esos mismos factores productivos (trabajo o remuneración de los asalariados, capital o excedente de explotación y rentas mixtas). No es posible saber a partir de esos datos cuál es la parte de la renta nacional disponible neta (excluido el consumo de capital fijo) que va a parar a cada familia o individuo residente, entre otras cosas porque hay fuertes desigualdades en cada uno de esos grupos de rentas y porque cada individuo y familia puede tener ingresos procedentes de varios de esos grupos, además de por transferencias corrientes de renta. Esto hace inevitable que para calcular la distribución personal de la renta haya que acudir a encuestas a las familias o unidades de consumo. La renta disponible del conjunto de las familias residentes en un país ni siquiera coincidirá con la renta disponible (ajustada) neta de los hogares agregada para todo el país, puesto que no incluirá las transferencias sociales en especie ni los ingresos no distribuidos o puestos en común en la familia (beneficios no distribuidos y variación de existencias) ni posibles ingresos en especie.

Del mismo modo que ocurre al medir la distribución personal de la renta a escala nacional es necesario tener en cuenta el tamaño y composición de cada hogar. Eso implica establecer una escala de equivalencia (adulto equivalente). Sin embargo, al intentar hacer el cálculo a escala internacional sigue sin estar claro cuál sería la escala de equivalencia más adecuada. Al existir fuertes diferencias relativas en los precios de los bienes y servicios específicos para cada grupo de edad (niños, adultos y ancianos) y en la parte de renta o gasto compartido colectivamente por toda la familia (bienes públicos como la casa y el mobiliario o el coche si es que es único y de uso colectivo) entre distintos países, parece que el cálculo de escalas de equivalencia homogéneas, además de ser imposible con la información actualmente disponible, podría tener tantos inconvenientes como ventajas. Por eso se acaba adoptando un simple cálculo per cápita. El hecho de que pueda haber familias más numerosas en los países más pobres y con mayor número de niños apunta a que ese cálculo sobreestima la desigualdad. Sin embargo, en contrapartida, el hecho de que en

los países ricos las rentas en especie sean más altas actúa en sentido contrario.

Para establecer la comparación a escala mundial es preciso además calcular la renta en términos de paridad de poder adquisitivo de una moneda común, lo que implica tener en cuenta los tipos de cambio de las diferentes monedas de cada país respecto a la moneda elegida y las diferencias de precios relativos entre países. El cálculo de las diferencias relativas de precios entre países se suele hacer a través de los índices de precios de Paasche y/o Laspeyres, con la salvedad de que las ponderaciones se refieren ahora a las cantidades consumidas de cada bien a escala mundial que se toman como referencia, en vez de cómo es usual a las cantidades de un año dado (el año base en Laspeyres o el año actual en Paasche). El índice más usualmente utilizado, basado en el denominado método de elaboración de “precios medios internacionales” de Geary-Khamis (GK), introduce un sesgo en la valoración de la renta de cada país en términos de paridad de poder adquisitivo (efecto Engel-Gerschenkron). Al existir unas estructuras de consumo entre países muy dispares y consumir mucho más los países más ricos, la estructura de precios “internacional” se acerca más a la obtenida en los países ricos que a la de los países pobres. Así, por ejemplo, la importancia relativa que tiene en el índice de precios los automóviles o el gasto en ocio y turismo será mucho mayor que la que esos bienes tienen en los países más pobres. Esos bienes, precisamente porque son más demandados en los países ricos, tienen precios relativos más altos en esos países que en los países pobres. Al tener un peso mayor en la ponderación del índice general de precios de los países pobres que el que realmente tendrían si se tuviese en cuenta la estructura de consumo del país pobre en cuestión, se sobreestiman los ingresos de los países pobres (se está suponiendo que consumen más de los bienes más caros que son relativamente más baratos en los países pobres). Por eso se han empezado a utilizar índices alternativos de precios como los propuestos por Elteto, Köves y Szulc (EKS o GEKS, si se incluye a Gini entre los autores) que es una media (geométrica) de los índices de Paasche y Laspeyres y que es el que se utiliza ya por Eurostat y la OCDE, el “Índice Ideal” de Afriat u otros métodos alternativos, incluido el denominado método de “Estructura estándar” (Standardised Structure o SS, propuesto en el papel elaborado por la Oficina Estadística de Austria en el seminario sobre Paridades de Poder Adquisitivo organizado por la OCDE y el Banco Mundial celebrado en Washington del 30 de enero al 2 de febrero de 2001, titulado “Aggregation Methods on the Basis of Structural Internacional Prices”). Estos índices para que evitan, al menos en buena parte, el sesgo o efecto Engel-Gerschenkron antedicho.

Resuelta esa cuestión queda viva la polémica sobre las ventajas e inconvenientes de utilizar los ingresos (rentas) o los gastos (consumo) como indicador de poder adquisitivo o bienestar. Otro aspecto controvertido es si lo más relevante es la desigualdad (diferencias relativas), la pobreza absoluta (quedarse por debajo del umbral mínimo para cubrir las necesidades básicas o para llevar una vida digna) o la polarización (agrupamientos extremos). La peor situación sería que hubiese mucho de los tres.

Centrándonos en la desigualdad y dando por resueltos los anteriores dilemas se pueden utilizar distintos índices o indicadores de desigualdad: los índices de Gini o Theil, u otras medidas estadísticas de desigualdad (desviación logarítmica media, varianza, etc.)

Lo más relevante de los resultados que obtiene Milosevic, no es tanto que la desigualdad sea mayor o menor que con otros cálculos, como que la desigualdad tiende a aumentar en vez de disminuir, contradiciendo la hipótesis de Kuznets, de que alcanzado un cierto nivel de desarrollo un mayor crecimiento reduce la desigualdad; o las hipótesis de β convergencia (convergencia absoluta o incondicional), que parte del supuesto de que economías con diferentes puntos de partida (diferentes rentas per cápita) convergen a largo plazo hacia un mismo nivel de renta per cápita (relación negativa entre nivel de partida y tasa de crecimiento), y convergencia sigma (σ) que postula que el grado de dispersión, medido por la desviación estándar del logaritmo de la renta, tiende a reducirse, indicando un proceso de convergencia.

Este resultado enlaza con el segundo aspecto que creo merece destacar de la obra de Milanovic. Frente a los que plantean que las pautas dominantes de desarrollo a escala mundial, y más concretamente el proceso de globalización en curso, conducen a una mejora del conjunto de la economía mundial, Milanovic cuestiona que esto sea sí. Al contrario de los que sostienen ese avance de conjunto, apoyándose en cálculos que muestran que se ha reducido la desigualdad y los niveles de pobreza absoluta o extrema, aunque se admita el estancamiento de ciertas zonas, Milanovic matiza que si se afinan mejor los cálculos no ha habido reducción de la desigualdad y que además los principales cambios se deben a la mejora de la renta per cápita de China y la India, aunque no del grado de desigualdad dentro de esos países. Hay que tener en cuenta que sólo esos dos países representan casi el 40% de la población mundial y que, por tanto, los cambios en la distribución de la renta de su población marcan lesivamente lo que ocurre en la economía mundial. Junto a esto se observa el declinar de la antigua Europa del Este, que representaba a buena parte de lo que podía considerarse clase media a escala mundial, el práctico estancamiento de Latinoamérica, y el estancamiento, incluso ligero empeoramiento, de África.

Con este panorama difícilmente se puede hacer un balance del que quepa concluir que no es necesario modificar sustancialmente ninguna de las pautas o patrones de desarrollo dominantes a escala mundial. Y con ello entramos en la tercera cuestión que señalé al comienzo como más relevante en el planteamiento de Milanovic, que es qué se puede y debe hacer a escala mundial para mejorar un panorama tan poco halagüeño y poder acercarse a los denominados objetivos de Milenio definidos por las Naciones Unidas. Aquí de nuevo se hacen propuestas que creo son muy interesantes, aunque me parecen insuficientes, y alrededor de las cuáles creo que se pueden plantear las cuestiones más polémicas de cara a un breve debate.

Un elemento que Milanovic considera esencial, y con el que coincido plenamente, es con la necesidad de introducir una mayor democratización en las instituciones económicas internacionales (Banco Mundial, Fondo Monetario Internacional y Organización Mundial de Comercio, fundamentalmente) o si se prefiere dar una participación a los países más acorde con el peso de su población, en vez de con el peso de sus economías o de las aportaciones económicas que hacen a dichas instituciones. En segundo lugar, establecer mecanismos de ayuda a los países más pobres pero que no dependan sólo, ni principalmente, de los gobiernos sino que se apoyen, sobre todo, en organizaciones sin fines de lucro y otras redes creadas desde la propia

sociedad civil. Tercero, subordinar las ayudas a la consecución de objetivos de reducción de la desigualdad en economías pobres donde es grado de desigualdad es muy elevado, lo que a su vez redundaría en la importancia de contar con una encuesta mundial de ingresos o gastos de los hogares que nos provea de indicadores fiables de desigualdad a escala mundial, del mismo modo que ya contamos con un sistema común y normalizado para el cálculo de las cuentas nacionales como es el sistema de cuentas nacionales de Naciones Unidas de 1993 (SCN-93).

Mención aparte merece la discusión sobre los modelos de desarrollo en sentido más estricto. Milanovic hace una referencia de pasada, al hablar de la Organización Mundial de Comercio y del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional (páginas 192 y 193, y página 204 del libro *La era de las desigualdades*), a los asuntos relacionados con el proteccionismo y la movilidad de capitales a escala internacional. Sin embargo, yo creo que esos son justamente los aspectos que requerirían mayor atención. No basta con plantear, sin más, la conveniencia de una liberalización integral, con menos asimetrías y sesgos que benefician a las áreas económicas más ricas, y el establecimiento de algunas cargas impositivas sobre los flujos financieros, las emisiones de CO₂, o el tráfico de ciertos bienes y servicios considerados peligrosos o malignos (transporte aéreo y exportaciones de armas).

Es imprescindible, en mi opinión, hacer propuestas que modifiquen más a fondo los patrones de crecimiento internacional que limitan la competencia en los mercados y agudizan la concentración de capital. La competencia a escala mundial requiere que la liberalización vaya acompañada de la consolidación de áreas económicas amplias con un alto grado de integración, como ha sido el caso de la Unión Europea, o lo es de hecho la existencia de países extensos y fuertemente integrados como Estados Unidos, China, y en otro sentido la India y el sureste asiático. Para competir a escala mundial es fundamental contar con mercados internos amplios, y con sistemas educativos e investigadores (sistemas I+D+i) bien vertebrados, que permitan mejorar la capacidad de innovación propia y hacer rentables recursos naturales y culturales propios que de lo contrario tenderían a ir perdiendo valor hasta llegar incluso a su destrucción. Los países de África, de buena parte de la América Latina y del extremo oriental de Europa, no han logrado consolidar áreas integradas, ni siquiera en lo que constituyen experiencias más avanzadas como es el caso de Mercosur o el Pacto Andino. Ni siquiera la buena posición relativa de Chile parece sostenible a medio y largo plazo si no logra incorporarse al proyecto de Mercosur e impulsar su desarrollo. La situación estratégica de México entre Estados Unidos y la América Central le favorece de un lado, pero le mantiene en una posición ambigua que le impide dar un salto como el ocurrido en el área asiática. La Europa del Este y el África subsahariana, han tendido a desintegrarse aún más, especialmente con el desmembramiento del antiguo Comecon y el fracaso de los escasos proyectos de integración africana. En cuanto a Oriente Medio y África del Norte, su posición estratégica, acentuada por su riqueza en recursos energéticos, le ha permitido aumentar su nivel de vida y disminuir la tasa de pobreza. Sin embargo, curiosamente es donde tiende a crecer más la polarización. Es la única zona del mundo en que habiendo habido un cierto progreso, con una disminución incluso de la pobreza relativa, se ha acentuado la pobreza moderada y severa. Esto indica que se puede beneficiar de ciertas rentas de posición, pero que su capacidad de

generar un desarrollo sostenible a medio y largo plazo sigue siendo muy limitada. No ha habido ningún proceso de integración en dicha área y la formación de los recursos humanos y el potencial investigador permanecen prácticamente paralizados. Esto no permite vislumbrar un cambio significativo que desactive la conflictividad en la región.

En definitiva, el proceso de integración productiva mundial (globalización), que trasciende al incremento del comercio y de los flujos de inversión a escala internacional, abre nuevas posibilidades de desarrollo a los países más pobres. Sin embargo, la mayoría de esos países no están en condiciones de aprovechar esas oportunidades. No es sólo un problema de condicionantes internos de muy diversa índole, sobre todo de carácter institucional, sino de factores externos que distorsionan el proceso de globalización en favor de las áreas más ricas o desarrolladas. De ahí la dificultad de erradicar, incluso de paliar, el fenómeno de la pobreza. Estamos ante un "círculo vicioso", como ya señalara Myrdal unas cuantas décadas atrás.

En lo que respecta a los flujos financieros, estos están determinados, por encima de cualquier otra cosa, por las fuerzas que generan saldos negativos en las balanzas por cuenta corriente y de capital. Según datos del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, en el 2003 Estados Unidos acaparaba el 78,2% de las importaciones de capital, seguido del Reino Unido, Australia y España, que en conjunto acaparaban más de un 10% más; es decir, que algunos de los países más ricos acumulan el 90% del total de las importaciones de capital del mundo. Se da así la aparente paradoja de que varios de los países más ricos son los que tienen mayores déficits en su balanza por cuenta corriente, que no son compensados tampoco por la balanza de capital. Se genera, por tanto, una necesidad de financiación que tiene que ser cubierta por los demás países, incluyendo algunos de los países menos desarrollados. Esta paradoja se explica por la extensión de la convertibilidad monetaria a la cuenta de capital, que hasta la década de 1980 estaba limitada a las operaciones por cuenta corriente. De este modo, como señala Luis de Sebastián, las reservas monetarias se desvinculan cada vez más del comercio exterior, puesto que los ingresos de divisas no dependen ya fundamentalmente de las exportaciones, ni la función principal de las reservas de divisas está unida a garantizar el pago de las importaciones¹.

Este funcionamiento no se puede modificar mediante medidas fiscales a escala mundial, por otro lado de difícil por no decir de imposible instrumentación, sino a través de cambios en las políticas internas y pautas de desarrollo de los países o áreas más ricas. El mantenimiento de estructuras de mercado no competitivas que favorece una injustificable revalorización de activos y la obtención de plusvalías en lo que la contabilidad nacional denomina activos no financieros no producidos (lo que incluiría el suelo o terreno), aumenta la rentabilidad del capital con independencia de la productividad. Eso es lo que viene sucediendo en Estados Unidos desde hace bastante tiempo y lo que ha ocurrido en España en los últimos diez años. La posibilidad de obtener una alta rentabilidad con un esfuerzo mínimo en áreas en las que la estabilidad monetaria y el papel de sus monedas como medio de pago internacional son altos, sostiene los flujos financieros compensadores del déficit en sus balanzas

¹ Luis de Sebastián: *Mundo rico, mundo pobre. Pobreza y solidaridad en el mundo de hoy*, Editorial Sal Térrea/Círculo de Lectores, Barcelona, 1993; y *Un mundo por hacer. Claves para comprender la globalización*, Editorial Trotta, Madrid, 2002

por cuenta corriente y de capitales. Los países pobres no sólo tienen un más difícil acceso a la información y el conocimiento (brecha digital), que es la clave fundamental de la competencia en un contexto de globalización, sino que no pueden permitirse el lujo de gastar más de lo que ahorran sin devaluar sus monedas, más aún ven como sus ahorros se dirigen en buena parte a sostener a algunas de las economías más ricas. El resultado es que la desigualdad interna y la pobreza en los países que mejoran su renta aumenta. Las mejoras de renta se concentran en las clases más ricas y en algunos casos alcanza a las clases medias. Cuando sólo afecta a las clases más ricas aumenta la desigualdad y la tasa de pobreza, cuando la mejora de renta llega también a las clases medias la desigualdad tiende a mantenerse estancada, pero la tasa de pobreza se incrementa. Sólo en países con sistemas de protección social muy avanzados, en los que las transferencias sociales modifican sustancialmente la distribución primaria de la renta, se logra contener la pobreza y la desigualdad.

Estas y otras muchas cosas más, que por razones de tiempo no pueden tocarse, son las que me ha sugerido el estudio de la obra de Milanovic. Lean sus obras, comenzando por su último libro traducido al español al que he hecho especial referencia. No será tiempo perdido, como ocurre con la lectura de un número creciente de artículos en las revistas científicas, que sólo reflejan el ego de quien las escribe. Les aseguro que con la lectura de la obra de Milanovic aprenderán mucho; es decir, no sólo les aclarará muchas cosas, sino que les estimulará a profundizar en muchos aspectos, desde cómo medir la desigualdad y perfeccionar los indicadores hasta ahora utilizados a tal fin, hasta comprender mejor las causas de la situación económica y las posibles alternativas de política económica actualmente juego a escala mundial. Gracias por su conferencia y por todo el trabajo e impulso moral que refleja su obra.